

YESHUA Y EL REINO

-Teresa Guardans¹-



Rembrandt. *Jesús, joven judío*

Algunos de sus compañeros ya se habían lanzado al monte; cada vez eran más los que unían fuerzas para plantarle cara al invasor. “Hay que expulsar a los romanos” – insistían-. No importaba el precio: emboscadas, asesinatos, casas incendiadas... “Es lo que quiere Dios de nosotros” –decían. Los colaboracionistas lo iban a pagar caro.

Su padre también había recibido amenazas. Había sido carpintero y, como muchos otros artesanos de Nazaret, había participado en la construcción de Tiberíades, una ciudad levantada a un par de horas de camino. La construcción la había ordenado el tetrarca Herodes Antipas², inmediatamente después de la muerte del emperador Augusto. Corría el año 14.



Tiberiades

Fueron cinco años de trabajos frenéticos junto a la orilla occidental del “mar” de Galilea, el lago Kinneret. Cinco años que tuvieron ocupados a todos los carpinteros y constructores de la zona con un único objetivo: poner en pie una ciudad para poder nombrarla Tiberiades, en honor de Tiberio, el nuevo

emperador. Antipas pretendía así ganarse su favor, ya que no perdía la esperanza de ser nombrado algún día rey de todo el territorio, como hizo el emperador Augusto con su padre, Herodes el Grande. El título de tetrarca regional le sabía a muy poco a Antipas...

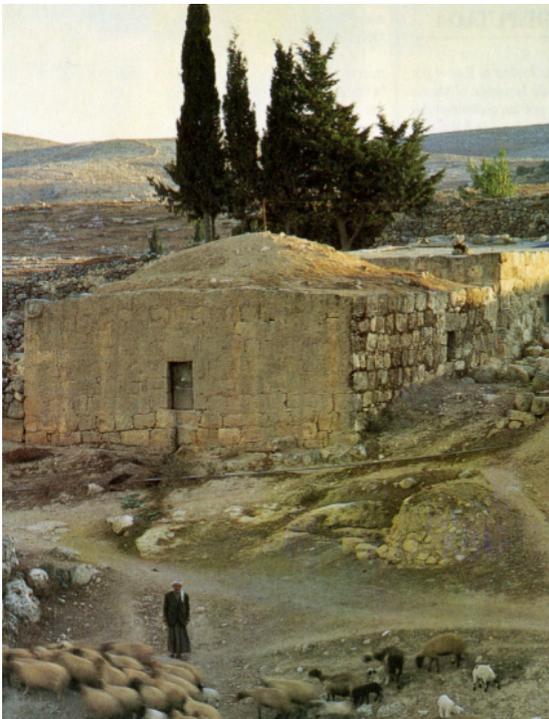
Mientras tanto había obviado la Ley judía que prohibía construir (y vivir) en territorio impuro. Y la nueva Tiberiades se alzaba en tierra impura, según la Ley: ni más ni menos que sobre un antiguo cementerio. Muchos judíos, atentos a la Ley, se

¹ texto publicado en: Teresa Guardans. *Las religiones, cinco llaves*. Barcelona, Octaedro, 2007.

² Gobernante de la región, por decisión del emperador Augusto.

sintieron insultados por aquella decisión de Herodes; por aquella y por otras muchas decisiones que no respetaban la Ley de la Alianza. Y esa era la razón de sus amenazas y constantes ataques contra quienes colaboraran con aquel desgobierno.

Los habitantes de los alrededores se resistieron a instalarse en ella. Herodes Antipas ofreció todo tipo de incentivos y pronto la ciudad se llenó de gentiles (es decir, de población no judía), gentes de muy variada procedencia. Miles de personas que tenían que comer... Si era necesario, se requisaban los productos del campo o los campos mismos. Sin contemplaciones. Las poblaciones de los alrededores vieron subir todos los impuestos; y quien no pudiera pagar... lo perdía todo. Con decisiones como éstas los campesinos se empobrecían más y más, mientras las ciudades se enriquecían. Tiberíades era un ejemplo muy evidente de lo que estaba ocurriendo, pero no era el único caso. Séforis, Escitópolis, Cesarea..., núcleos urbanos que crecían, habitados mayoritariamente por gentiles, y que engullían todos los presupuestos y todos los recursos.



Necesitaban acueductos para abastecerlas de agua, vías de acceso, teatros, baños..., mientras la miseria se extendía por los pequeños poblados. En ellos la vida era más difícil cada día. ¡Qué lejos quedaban los tiempos gloriosos del rey David! ¡Qué lejos los tiempos del rey Salomón!

Los zelotes –nombre que recibían algunos grupos que pretendían reconquistar el territorio-, lo tenían muy claro:

- Hemos de recuperar el poder como sea –decían-. ¡No podemos soportar más tiempo este gobierno de infieles! ¡No saben lo que es la justicia! ¡Dios prometió el Reino a nuestros padres y nosotros debemos reconquistarlo!

- ¡Ésta era la voluntad de Dios y nuestra obligación es expulsar a todos los

romanos y a los que colaboran con ellos!

- ¡Quien no luche contra los romanos y contra los títeres que les ayudan, no es fiel a la palabra de Dios y no es un buen hijo del pueblo de Israel!

En cambio los maestros de la Ley y algunos escribas argumentaban en otra dirección:

- ¡No es contra los romanos contra quien hay que luchar! ¡Si no hubiera pecadores, Dios estaría con nosotros, y si Dios estuviera con nosotros, ni los romanos ni nadie podría luchar contra Él!

- ¡Hay que apartar a toda la gente impura!

- Hay que castigar a todos los que no sigan la Ley punto por punto, solo así volverán los buenos tiempos.

- Dios dijo a Moisés: “Si seguís mis caminos, viviréis felices para siempre en esta tierra y Yo estaré con vosotros.” ¡Demos, pues, instrucciones más detalladas para que todo el mundo sepa cómo ha de actuar en cada momento y camine siempre por la senda recta! De este modo Dios estará contento y el Reino volverá a ser nuestro.

Por pensar así estos estudiosos de la ley recibían el nombre de *fariseos*, que quiere decir ‘justos’. Había entre ellos personas de todo tipo: había quienes llevaban una vida muy austera y recta, esforzándose en interpretar bien la Ley (¡no siempre con éxito!); pero también quienes estaban muy ocupados en juzgar el comportamiento de los demás, mientras que ellos se limitaban a guardar las apariencias.

Así estaba el panorama. Yeshua ben Yosef –o, si preferís, Jesús hijo de José- era consciente de que debía tomar una decisión. A su edad, la presión era cada vez más fuerte: tarde o temprano tendría que optar. Y ese momento estaba llegando. Muchos amigos habían tomado ya las armas y le consideraban un cobarde. Pero él estaba lleno de dudas. Su familia era una familia piadosa; también él. No había día que no lo empezara recitando la profesión de fe, y lo mismo a la noche: “Escucha Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es el Uno. Lo amarás a Él, con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas”.³ No era la obligación lo que le empujaba a pronunciar estas palabras ni ninguna de las bendiciones prescritas. Deseaba sinceramente poder amar de aquella manera algún día. Pero ¿cómo? ¿Quién llevaba razón? En verdad, ¿qué deseaba Dios?

Tal vez debería seguir el ejemplo de los “puros”, los esenios, que vivían apartados de todo y de todos para no contaminarse, y se pasaban el día orando y estudiando las Escrituras... ¿Era eso lo que debía hacer? ¿Esperar, como ellos, que Dios enviara un *mesías*, un salvador? ¿Mantenerse apartado, sin contaminaciones, siempre a punto para que Dios pudiera elegir al salvador de entre ellos en cualquier momento?

Yeshua no sabía qué posición adoptar. ¿No había dicho también Moisés: “buscarás a Dios y si lo buscas con todo el corazón, con todas tus fuerzas, lo encontrarás”?⁴ Tal vez era eso lo que realmente debía hacer: buscar. ¿Buscar qué? ¿Cómo?

Pensó que quizás debería acercarse donde Juan, un primo suyo que vivía con algunos discípulos en la orilla del Jordán, en los desiertos de Perea. Y pedirle consejo. Sí, eso haría. Aunque tampoco le resultaba tan fácil. Desde la muerte de su padre, era él quien regentaba la carpintería. Su hermano Yacob estudiaba con los rabinos de Jerusalén; los otros, Yosef, Iehudá y Simón eran muy jóvenes todavía para encargarse de todo. Había que pensar en su madre y sus hermanas. Se sentía dividido: sacar adelante a los suyos o partir... ¿Qué debía hacer? No podía posponerlo más, lo sabía. Yeshua quería comprender, lo necesitaba, quería saber hacia dónde debía orientarse, con qué propósito vivir sus días. Motivos justificados para quedarse siempre los habría... Un día reunió las fuerzas suficientes y se puso en camino. Nazaret quedaba atrás.

Eran muchos los que visitaban a Juan pidiéndole ayuda. Juan no actuaba como aquellos resabidos letrados de la Ley, que se dedicaban a desanimar a todos

³ Deuteronomio 6, 4-5.

⁴ Deuteronomio 4, 2.

diciéndoles que no había para ellos salvación posible y que sólo sabían amenazar con castigos y tormentos. Juan, por el contrario, acogía a todos.

“Siempre hay una posibilidad, ¡sólo debéis desear cambiar! –les decía-. Convertíos y seréis hijos de vuestro Padre. No es necesario ser esto o lo otro... ¡De las mismas piedras puede Dios sacar hijos de Abraham, si lo desea! El pasado, pasado está –insistía Juan-. Descargaos de las miserias, tomad la decisión de comenzar de nuevo. ¿Qué dijo Moisés? Que sois hijos para vuestro Dios,⁵ recordadlo. ¿Hay algún padre que desee el mal para sus hijos?”

Y después los bautizaba. Aquel gesto con el agua anunciaba la vida nueva que comenzaban. Era un símbolo de purificación. Los esenios se bautizaban cada día, ¡incluso más de una vez! Pero para Juan contaba la actitud del corazón, la profundidad de la decisión de cada uno, no la cantidad de agua que uno se derramara encima. Tampoco ponía trabas a los enfermos. Muchos pensaban que las enfermedades graves o las disminuciones estaban relacionadas con los pecados. Juan no lo veía así. A todos les decía sin hacer diferencias: “Hacedme caso, ¡el Reino de los cielos está muy cerca! ¡Cambiad, porque está muy cerca!”.

Yeshua observaba, escuchaba, preguntaba, pensaba, rezaba... Pasó muchos días al lado de Juan y de sus discípulos. Comprobó cada día qué diferente era la gente cuando confiaba, cuando tenía una esperanza... Sólo desde el seno de la esperanza podían tener sentido las palabras de las Escrituras, ¡qué claro lo vio allí, junto a Juan!

“El Reino de los cielos está muy cerca, ¡claro que sí! –pensaba Yeshua-. Todo depende del sentido de las palabras. Lo estamos diciendo cada mañana al levantarnos: *Padre nuestro y Rey nuestro que nos amas sin límite...* Reina en cada cosa, en cada ser vivo que ama. Allí donde Él esté, aquello es... un reino. Es el Reino. ¿Quién dice que se trata de piedras, tierra y territorio? ¿dónde dice que haya que limitarlo así? ¡Claro que puede estar cerca! Sólo depende del sentido de las palabras...”

Moisés y los profetas no hablaban de castigos, hablaban de amar; no hablaban de cargas, sino de buscar; no de tributos y sacrificios, sino de ayudar; no de un juez, sino de un padre que había que descubrir, de un amor que quería ser compartido... “Felices los que amen –decían las Escrituras-. Él muestra su rostro a quien le busca; feliz el que cuida aquello que recibe...”

¡El Reino! Comenzaba a entenderlo: si muestra su Rostro, allá donde Él esté, ¿no es ese su Reino? Y ¿dónde no está? ¡Cómo depende todo del sentido que demos a las palabras!

*Padre nuestro y rey nuestro que nos amas sin límite,
muéstranos tus caminos,
dirige nuestros ojos hacia tus enseñanzas,
une nuestros corazones para amar.*

Es la primera bendición del día: al alba. Junto a Juan, el sentido se abría evidente, diáfano, unas palabras que sus padres y los padres de sus padres, desde tan antiguo, no se cansaban de repetir. “Amar”, “amar” era la clave. “Amar y vivir como hijos amados...”: esto era lo más importante. Si piensas que eres un miserable, vives como un miserable; si comprendes que tu vida tiene un gran valor, la tratarás como tal valor. Ésta era la clave. No se trata de temer el rigor de un juez desconocido sino de

⁵ Deuteronomio 14, 1.

descubrir unos trazos paternos desde lo más profundo. Fundamento de certeza y confianza. Vivir como hijos de Dios. De hecho, ya era eso lo que decían las plegarias diarias, pero hay momentos en que el sentido parece que coja cuerpo, como si se entendieran a fondo con todas las fuerzas, con todo el pensamiento, con todo el corazón.

Tantas normas, tantas obligaciones, tantos castigos, tantas amenazas... ¿en nombre de qué? ¿Qué tenía que ver todo eso con el “Padre” y con “amar”? Si había un solo Dios, todos eran hijos de un mismo padre. Hermanos. Por lo que aquellos que se atrevían a condenar y a menospreciar a otro, estaban condenando y menospreciando a los hijos de Dios. ¡Ellos sí eran enemigos de Dios! ¡ante eso sí que había que oponerse!

Lo que Yeshua vivió aquellos días sólo podemos imaginarlo. Sus dudas, sus preguntas, sus certezas, los momentos de profunda clarividencia... nada de todo eso ha quedado registrado en lugar alguno. Algo podemos deducir viendo el rumbo que tomó su vida a partir de entonces: de ahí salió alguien tan movido por la compasión, tan conmovido por la realidad, con un grado de certeza tal acerca de dónde estaba la verdad, que ya nada pudo detenerle. Las crónicas nos lo muestran sólo preocupado por abrir los ojos a la gente, sin pensar en los riesgos que podía correr.

Y respecto al levantamiento en armas contra los romanos, ¿cuál sería su opinión? Cuando en los tiempos antiguos los ejércitos persas habían invadido todo el territorio, ¿qué proclamaba el sabio Jeremías?: “¡Dios se quedará con vosotros si sois justos, si no oprimís al forastero, al huérfano, a la viuda, si no derramáis sangre inocente!”⁶ No dijo: “¡Dios se ha ido y no volverá hasta que venzáis al ejército persa”! Cuando la gente decía “Dios”, ¡qué imagen tan esmirriada evocaban! ¡qué raquítica quedaba aquella palabra!

“Quedamos pillados en la corteza de las palabras.”

La clave no era conquistar territorios con la espada, sino habitarlos con sabiduría y verdad. ¡Así se conquistaba de verdad un territorio! Vivir de tal manera que fuera posible descubrir aquel tesoro escondido que Yeshua no dejaba de descubrir en cada rincón: en cada persona, en cada ser, en cada momento.

¿Cómo explicarlo? ¿Encontraría la manera de enseñar todo aquello que había ido comprendiendo en su interior, aquello que era tan diferente de las opiniones de la mayoría, tan diferente de las ideas que los mantenían enfrentados, de lo que unos y otros imaginaban? ¿Encontraría las palabras? Y... ¿se atrevería?

Después de todo, los que se dirigían al desierto en busca de Juan ya daban el primer paso. Peor era la situación de los que no daban ni ese paso, de los que ni siquiera iban a buscar ayuda porque no esperaban tener ninguna posibilidad..., aquellos que se sabían condenados. Seguramente eran estos los que más lo necesitaban. Intentaría abrirles los ojos. Haría lo posible.

Son pensamientos que, tal vez, pasaron por la cabeza y el corazón de Yeshua. Los textos nos explican que pidió a Juan que lo bautizara y que Juan así lo hizo, en aguas del río Jordán. Seguramente fue un momento importante para aquel hombre joven que intentaba por todos los medios superar las dudas y dejar atrás los miedos. ¡Un hombre decidido a que la verdad cruzara todos los muros!

⁶ Jeremías 7, 8.

Se adentraron en el río, Yeshua acompañado de Juan. “Hijo eres del Señor, tu Dios⁷ –le recordó Juan mientras vertía el agua sobre su cuerpo-; que el espíritu del Padre te dé vida, que su aliento sea tu aliento, que su fuerza sea la tuya. Que Él te bendiga y te guarde; repose sobre ti su mirada, te muestre su Rostro y te conceda la paz. Así sea.”⁸

“Así sea”, repetía Yeshua en su interior mientras dejaba que el agua y las palabras, las palabras y el agua, le impregnaran, se afianzaran en él. Todavía se quedó unos días más por aquellos parajes, retirado, en soledad. Bastantes días: cuarenta, dicen las crónicas. Días para escuchar en silencio, para fortalecer la voz interior, para meditar, para profundizar; para confirmar su decisión de hablar del Padre. Ocurriera lo que ocurriera, no se mordería la lengua. La verdad iba a oírse.

Y así lo hizo. Nos lo cuentan los Evangelios.

LOS EVANGELIOS

Unos cuantos años después de la muerte de Yeshua, los relatos que habían pasado de boca en boca, relatos sobre lo que él había dicho y hecho, comenzaron a consignarse por escrito. Son los textos que conocemos con el nombre de *Evangelios* (palabra griega que quiere decir ‘buena noticia’). Los más conocidos son los cuatro que forman parte de la Biblia, del Nuevo Testamento, y que llevan el nombre de cuatro discípulos: son los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Primero se dirigió a un pueblo llamado Cafarnaúm, situado en la orilla del lago, no muy lejos de Tiberíades, ni de Nazaret. Allí reunió a sus primeros compañeros, unos pescadores: Simón, Andrés, Yacob, Juan... Allí comenzó a hablar de que “ganar el Reino” no tenía nada que ver con guerrear contra los romanos ni con cargarse de obligaciones. ¿De verdad deseaban el Reino? ¡Que abrieran los ojos! El Reino estaba tan cerca como el corazón de cada persona. Tan cerca como cualquier lugar en el que el engaño, la falsedad i la injusticia estuvieran ausentes. Sentados en lo alto de una colina, en las inmediaciones de la población, dijo a los que le habían seguido hasta allí:

No estéis tristes. El Reino no es de aquellos que se creen perfectos, ni tampoco de los ricos, ni de los que piensan que son los dueños de la verdad.. Felices los que saben reconocer lo que en verdad son: de ellos es el Reino.

Felices los que no acaparan, los que no desean nada para ellos; ellos sí saben lo que significa poseer la Tierra.

El Reino es de las gentes limpias de corazón, no de aquellas que dicen una cosa y hacen otra. Éstas, las limpias de corazón, son las que verán al Padre.

El Reino es de los que buscan la paz, de los que son capaces de comprender y amar: ellos sí serán nombrados hijos de Dios y no los que dicen: “éste es mi linaje, yo soy hijo de Abraham”.

Justa es la persona que ama. Benditas sean las personas que entienden lo que significa la justicia y la desean; de ellos es en verdad el Reino.

No atendáis al menosprecio o la crítica; un corazón limpio sabe lo que es justo y lo busca. Suya es la verdad, suya es la paz, suyo es el Reino.

⁷ Deuteronomio 14, 1.

⁸ Números 6, 23.

El verdadero Reino no se gana con las espadas, porque no es un Reino que nadie pueda tomar.

Las puertas están abiertas para todos, para quienes, con sinceridad, buscan de todo corazón. ¡Felices los que lo entienden y no acumulan tesoros inútiles!

No sufráis. No os faltarán las fuerzas. Sois hijos e hijas de vuestro Padre del cielo. Él os bendice. Que su mirada repose sobre todos vosotros, os muestre su Rostro y os conceda la paz.

Con palabras como estas se esforzaba en darles confianza, en alejar falsas ideas de castigos, condenas o pecados, miedos o culpas; también ideas de batallas y de espadas. Aquel Reino pedía otro esfuerzo. Yeshua sabía por propia experiencia que no es fácil ir más allá de la primera capa de las palabras, que acostumbramos a quedarnos con la forma de las palabras sin buscar en la dirección que apuntan. ¿Cómo hablar de aquello que no se puede atrapar con palabras? ¿Cómo mostrar aquellas verdades que sólo con el corazón se pueden llegar a descubrir? No se cansaba de buscar ejemplos que sirvieran para situarse sobre la pista:



El Reino de los Cielos es como un tesoro escondido en un campo –les decía-. Aquel que lo descubre corre a vender todo lo que posee con tal de reunir suficiente dinero para poder comprar el campo y así obtener aquel tesoro.

O también:

El Reino de los Cielos es como un grano de mostaza; tan pequeño como aquel minúsculo grano de mostaza que un hombre

siembra en su campo, y poco a poco crece y crece hasta convertirse en un árbol, un árbol tan grande que los pájaros anidan en sus ramas.

¡Qué majadería! ¿Qué Reino era aquél? ¿Cómo podía un pueblo vivir en un grano de mostaza? ¡Ni en un árbol! -se enfadaban algunos, muchos, de los que le escuchaban, personas que arriesgaban su vida para que los judíos pudieran tener suficientes tierras para poder vivir y gobernarse. ¡Habían perdido muchos amigos en la lucha y ahora venía aquél hablando de granos de mostaza! ¡Había motivo para enfadarse!

¡No me habéis entendido todavía!

El Reino del que os hablo no está arriba ni abajo, no se presenta un día especial. No se puede decir: “mirad aquí, mirad allá”, porque ya está aquí, entre vosotros. ¿Lo entendéis ahora?

¡Abrid los ojos!

¡Que brille la luz de vuestra vida!

¿Hay alguien que encienda una vela para esconderla debajo de una mesa? ¡Vosotros sois la luz! No viváis atemorizados. ¡Que vuestras obras glorifiquen al Padre!

¡Sois la sal de la tierra, no os dejéis pisotear!

Vivid como dignos hijos de vuestro Padre: dad a quien necesite, amad sin límites, no os reservéis nada para vosotros mismos, entonces ¡entenderéis el significado del Reino del Padre y su Reino será verdaderamente vuestro!

Mientras unos se enfadaban otros se llenaban de esperanza. Se trataba de aquellos que se creían culpables de su situación: los pobres, los enfermos, la gente con problemas, todos los que pensaban que sus desgracias eran un castigo merecido –¡a saber por qué!-. Muchas enfermedades eran consideradas algo así como una “bofetada” de Dios o como una maniobra del demonio; muchos oficios catalogados de “indignos”: los curtidores, carniceros, recaudadores... A toda esta gente, nadie les había hablado jamás de aquella manera. Nadie les había tratado con el respeto con que Yeshua los trataba. Y, haciéndolo, despertaba en ellos una certeza: la vida de cada ser, de cada hijo, de cada hija del Padre, era digna de todo el interés, de todo el amor.

Una certeza que resucitaba los ánimos de los más decaídos, que llenaba de fuerza a los más débiles. Como si, con Yeshua, tomaran cuerpo aquellas palabras tantas veces oídas y tan poco entendidas: “hijos sois de Dios, vuestro Padre”. Los Evangelios lo expresan a través de numerosos relatos en los que la gentes, después de oírle hablar o de estar junto a él, parecía que volvían a nacer: cojos que caminaban, ciegos que veían... Relatos que transmiten un especial ambiente de liberación, de descarga del peso de las cadenas, de contagio de vida.

EL PADRE NUESTRO

¡Eran tantas las plegarias prescritas! ¡Tantas bendiciones, tan largas! Tres veces al día, decía la Ley. Al alba, al mediodía, al anochecer. La profesión de fe, los salmos, las invocaciones...; sin olvidar los preparativos... ¡Todo tan largo! Con lo que al final se convertía en una especie de letanía inacabable pronunciada a toda prisa... “¿Cómo orar bien?”

Cuando le hicieron esta pregunta, Yeshua reunió en unas cuantas frases muy claras lo más importante de todas aquellas bendiciones. ¡Que su sentido profundo les impregnara el corazón y orientara la intención! Sólo eso importaba:

Padre del Cielo, Padre nuestro, santificado sea tu Nombre.

Que tu Reino venga a nosotros.

Que se haga tu voluntad, en la Tierra como en los cielos.

Que no nos falte el alimento de cada día.

Perdona nuestros errores,

y que nosotros sepamos perdonar los de los demás.

Ayúdanos a no equivocarnos.

Líbranos de todo mal. Amén. Que así sea.

Pocas palabras pronunciadas con toda la mente y todo el corazón valían mucho más que mover los labios rato largo... Todo el sentido de la *Shemá*, de la *Amidá* y del *Kadish*, el de la *Ahava* y de todas las bendiciones de los antiguos quedaba recogido en aquella breve plegaria que sus seguidores han repetido hasta el día de hoy.

“Cuando oréis –les decía- no os llenéis la boca de palabras, ¡ya sabe Él lo que necesitáis! Cuando oréis no os luzcáis por el Templo o en las sinagogas para que todos os alaben. Buscad a Dios allá donde se deja encontrar. Entrad en la habitación, cerrad la puerta y buscadlo en el silencio y la soledad.”

“Las palabras de éste sí son palabras de vida –decían-. ¡Él es el salvador que esperábamos, el mesías! (de *mesiaj*, “salvador” en hebreo; o *xristos*, si utilizamos la palabra griega)”.

Cada vez tenía más y más seguidores. Su fama se extendió y todos querían verle y oírle. Recorrió poblaciones de Galilea, Samaria y Judea hablando de este modo, junto a hombres y mujeres que iban con él allá donde fuera. Un grupo que no paraba de crecer, muy distinto de lo que eran los grupos de discípulos que rodeaban a los rabinos, los maestros de las Escrituras. Entre los acompañantes de Yeshua había gente de todo tipo, también de aquellos considerados impresentables, impuros, y condenados por los “entendidos”. Cuando oía que lo criticaban por ello, respondía: “No son las personas sanas las que necesitan un médico, sino las enfermas, ¿no os parece?”.

Su familia sufría. Todo aquello no podía acabar bien. Se veía venir. Su madre, acompañada de sus hermanos, con Jacob al frente, se dirigió hacia donde Yeshua se encontraba e intentó disuadirle. Fue inútil. “Ésta es mi familia –cuentan que dijo mirando a todos los que le rodeaban-. Mi familia son los que llevan a cabo la voluntad del Padre del cielo, los que viven buscando sus caminos.”

Los doctores de la ley rabiaban ante todo aquello. ¿Con qué derecho enseñaba aquel carpintero que no había pasado por ninguna de las escuelas de Jerusalén? ¿Quién le daba autoridad para opinar sobre cómo había que interpretar la Ley y las palabras de los profetas? Y le planteaban preguntas engañosas con la intención de ponerlo en evidencia, para que la gente se diera cuenta de que era un impostor; pero sucedía todo lo contrario: eran ellos los que quedaban desairados cuando Yeshua ponía al descubierto las actitudes hipócritas de muchos de ellos.

¡Haced lo que ellos enseñan, pero no actuéis como ellos actúan! –decía a los que le escuchaban-. Hay personas que son como sepulcros blanqueados, que por fuera se ven bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de restos podridos. Llenos de hipocresía y de maldad en su interior, parecen gente de bien a los ojos de los hombres. ¡Ellos sí que están en el error!

No había quien le callara.

Hilan fino cuando se trata de juzgar a los otros y olvidan lo que es importante de verdad: el amor, la justicia y la lealtad... Personas así cargan de obligaciones a los demás, les exigen mientras que ellos no mueven ni un dedo.

Sólo actúan para ser vistos; se hacen los buenos; les gusta ocupar el primer lugar entre los invitados y los primeros puestos en las sinagogas, les encanta que la gente les salude y les llame “maestros”. Pues si es eso lo que desean, allá ellos, ¡ya tienen lo que quieren! Vosotros, amigos míos, buscad aquel tesoro que nadie os podrá quitar jamás.

Cuando ayunan sólo lo hacen para que los vean. Ponen cara de pasar hambre y de sufrir mucho para que todos sepan que están ayunando. Sólo buscan que los admiren. Y así con todo. Cuando dan algo, no les preocupa la necesidad; lo que buscan son las alabanzas. ¡Pues que les vaya bien con su recompensa!

Vosotros, amigos míos, si os esforzáis en algo, que no se note; al revés, ¡vestíos de fiesta, perfumados y limpios! Y si dais algo o ayudáis a alguien o lo que sea, ¡no vayáis tocando la trompeta para que todos lo sepan y os admiren! Porque la verdadera recompensa llega en secreto; es como una perla escondida de un valor incalculable, una perla que, cuando la encuentras, sabes que vale más que cualquier otro tesoro.

Que nadie se haga llamar ni señor ni maestro. Sólo uno es nuestro maestro, sólo uno nuestro Padre. No lo olvidéis nunca, somos todos hermanos, ¡hijos del mismo Padre!

Las páginas de los Evangelios están llenas de palabras de sabiduría como éstas. Hoy las circunstancias políticas y sociales son muy diferentes de las de entonces, los problemas son otros. Las formas de vida del siglo XXI tienen muy poco que ver con las de la gente que escuchaba a Yeshua ben Yosef hace dos mil años, pero lo que sus palabras transmitían probablemente conserva su valor. Como mínimo, merecen ser investigadas “con todo el corazón, con todas las fuerzas, con toda la mente”, como hizo él con las Escrituras de su época. De hecho, hombres y mujeres de todos los tiempos lo han intentado, se han esforzado por seguir las pistas que Yeshua les ofreció en aquel entonces. También ha habido quien se ha conformado con repetir frase a frase, sin más; o con adorarle a él, olvidando cómo reaccionaba Yeshua cuando alguien pretendía venerarlo:

No encontraréis nunca el tesoro por el hecho de decirme: ¡señor, señor!. Jugaos todo por aquello que verdaderamente vale la pena; no os reservéis nada para vosotros. Acoged y amad como desearíais ser acogidos y amados cada uno de vosotros. Eso es, en verdad, ponerse en camino... ¡Nadie puede hacer el esfuerzo por otro!

Allá donde decidáis que está el tesoro, allá pondréis vuestro corazón. No os equivoquéis, pues. Pensad bien cuál es el tesoro de la vida, ya que no se puede servir a dos amos: ¡O valoráis una cosa o valoráis otra! Tendréis que elegir...

Volvamos a los hechos de hace dos mil años. No dejaba de correr la voz de que aquel hombre era el *mesiaj*, el mesías, el salvador. Malo: eso sólo podía crearle problemas. ¿Problemas con quién? Menos con los miserables, ¡con todos! Tanto para los que estaban esperando un mesías como para los que no creían en esas historias, para todos, era un impostor. Repasemos cómo estaba la situación.

Los zelotes sí que tenían puesta la esperanza en la llegada de un mesías, pero – según ellos- el mesías que enviaría Dios sería, sin ninguna duda, o un general, o un estratega, alguien gracias al cual podrían vencer definitivamente a los romanos. En ningún caso el mesías sería un tipo como aquel, que no tenía ni la valentía de asir una espada ¡ni tan siquiera un puñal! Ese tipo era simplemente un cobarde, un impostor.

También los esenios se mantenían a la espera de un mesías. Estaban convencidos de que sus sacrificios por vivir en absoluta pureza debían servir para que Dios pudiera elegir a uno de ellos. ¿Con qué cara podía decir alguien que un indeseable como aquél, que tocaba a gente impura, comía con ellos y rechazaba normas importantes como las del día de descanso, era el mesías? ¡Qué desfachatez! ¡Aquel tipo era simplemente un impostor!

Esa idea de que Dios iba a enviar un mesías se la sacaban de la manga los ignorantes –pensaban los justos (los fariseos), los escribas y los sacerdotes del Templo de Jerusalén-. La gente interpretaba mal las Escrituras, tergiversaban las palabras del profeta Isaías. Isaías, cuando hablaba del mesías, a lo que se refería era a las luchas del pasado. Para los fariseos lo único importante era actuar según la doctrina de Moisés, todo lo demás eran cuentos, fantasías, falsas esperanzas. Ni existía el mesías, ni existiría nunca. En esto, y sólo en esto, los expertos en la Doctrina coincidían con los sacerdotes del Templo, que tampoco tenían ningún interés en la llegada de un mesías.

Los sacerdotes del Templo... ¡Aquello sí era un montaje! Para ellos y los de su entorno (el llamado partido de los saduceos) la cosa estaba clara: Dios vivía en el Templo y lo que contaba eran los sacrificios y las ofrendas en el Templo que, casualmente, les aportaban grandes beneficios. El arca no dejaba de llenarse con la venta de los animales sacrificados, los obligados cambios de moneda⁹ y toda la cantidad de negocios que generaba el mantenimiento del culto del Templo. Cualquiera que pusiera en cuestión todo aquel tinglado ese era, sin duda alguna, un subversivo, ¡un subversivo que ponía en peligro... el bolsillo y los privilegios! ¿Y qué pensaban de los romanos? Mientras los romanos no se inmiscuyeran en las cuestiones del Templo, ningún problema. Y mientras el Templo fuera un lugar indiscutido de adoración –la “casa de Dios”-, más posibilidades tenían de mantener a los romanos a raya...

Yeshua tampoco pretendía que lo consideraran un salvador, ni que lo vieran como un “súper héroe” que les iba a resolver los problemas. Ya no sabía qué más decir para que le entendieran:

Mientras esperáis no se sabe qué y a no se sabe quién, no miráis dónde hay vida de verdad. No esperéis más, os lo digo una vez más; haced lo que os he dicho y os daréis cuenta de que tenéis el tesoro tan cerca...; el único tesoro de verdad, aquel que dura para siempre y que nadie os puede arrebatar. ¿Qué más os puedo decir para que vuestros ojos vean de quién sois hijos? Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá...

Inútil. Siempre que se acercaba a alguna población, salían corriendo a aclamarlo. Un año, cuando hacía unos tres que había comenzado a hablar en público, allá en Cafarnaúm, subió hasta Jerusalén para celebrar las fiestas de Pascua. Cuando la gente se enteró de que se acercaba, fueron a esperarlo a la entrada de la ciudad. Agitando hojas de palmera y ramas, celebraban su llegada con cantos: “Bendito sea el que viene en nombre de Dios, ¡viva el rey de Israel!”. Y le acercaron un asno para que montado sobre él pudiera avanzar entre la multitud.

- ¿Qué ocurre? ¿Quién es este? –preguntaban los que todavía no habían oído hablar de él.

- Yeshua ben Yosef, el profeta de Nazaret.

La rabia de los del Templo y de todos los que estaban en contra de él iba en aumento. Rabia y preocupación. Había que detener a aquel impostor fuera como fuera. Había que impedir que hablara. Y por si no tenía suficientes enemigos, cuando llegó a la explanada del Templo y vio los tenderetes de animales para los sacrificios, y los de los perfumes, los precios abusivos, el robo de los cambistas de moneda..., se indignó tanto, que la bronca fue sonada:

⁹ Jerusalén y su Templo contaban con moneda propia, válida sólo en el recinto.

¡Ladrones, más que ladrones! ¡Habéis convertido la casa de oración en una pestosa cueva de ladrones! ¡Fuera todos de aquí! ¡Fuera! –gritaba mientras volcaba todo lo que encontraba a su paso: mesas, toldos, dinero, cajas, cestos, jaulas de pájaros-. ¿No recordáis las palabras del profeta?: “¿Cómo pueden decir ésta es la casa de Dios? ¡Han convertido en cueva de bandoleros la casa que llevaba mi Nombre!” ¿Cómo podéis tener tanta cara? Olvidáis lo que no os interesa, ¿verdad? Ya lo decía el profeta: “Cuando saqué a vuestros padres de Egipto no hablé de holocaustos ni de sacrificios. Yo les dije: escuchad mi voz y seguid mis caminos, y así todos podréis vivir felices! Vosotros matáis, robáis, juráis en falso, atacáis a los débiles y después os refugiáis en esta casa que debería ser una casa de plegaria!”.¹⁰ ¡Fuera todos de aquí!

La reacción no se hizo esperar. Saduceos, sacerdotes, expertos en la Ley, todos, estaban de acuerdo en que debían callarlo. ¡Para siempre! No soportarían aquello ni un día más.

Ya era el día de la celebración pascual; Yeshua se reunió con los suyos para la cena. Él ya intuía que tendría problemas. Durante la cena se le veía extraño, triste. Preocupado quizás. Cuando llegó el momento de bendecir el pan y el vino, les dijo que estaba dispuesto a dar su vida por todos ellos, del mismo modo que les ofrecía aquel pan y aquel vino. Parecía estar despidiéndose, como si sus palabras fueran las últimas recomendaciones: que no perdieran la esperanza, que se sintieran unidos. Más que unidos: que fueran una sola cosa, una unidad, uno entre ellos, uno con el Padre, de la misma manera que él, Yeshua, era uno con el Padre y con ellos. Así siempre estaría con ellos y entre ellos. Los que estaban compartiendo la cena con él parecía que no acababan de percatarse de la gravedad del momento. Después de cenar, Yeshua se retiró a un sitio tranquilo para orar en el silencio de la noche, como solía hacer. Se fueron hacia las afueras de la ciudad, a Getsemaní, al olivar. Estuviera donde estuviera, Yeshua siempre buscaba lugares y momentos para poder recogerse.

Era la situación perfecta para atraparlo sin alborotos. Y así lo hicieron. Hubo una delación: alguien dio el aviso de que se encontraba en un lugar apartado en el que sería fácil cogerlo. Las crónicas dan un nombre: lehudá, uno de sus discípulos. Lo cierto es que la guardia del Templo le localizó sin dificultad. Lo apresaron y lo llevaron ante el Sanedrín, el gran consejo, que lo condenó a muerte en un juicio rápido e inconsistente. El Sanedrín, sin embargo, no podía ordenar la muerte de nadie sin el consentimiento de la autoridad romana; necesitaban la confirmación del procurador, Pilato. Y la autoridad romana sólo reaccionaba si el acusado suponía un peligro político. Lo llevaron pues ante Pilato y le explicaron que Yeshua quería organizar una revuelta y convertirse en rey, que era un peligro político para el Imperio y que por eso tenía que morir.

- Allá vosotros; haced lo que os parezca –respondió Pilato indiferente y con muy pocas ganas de tener problemas con aquella gente.

No necesitaban nada más. Con aquellas palabras ya tenían el permiso que pretendían y a los soldados romanos para hacer el trabajo sucio. Yeshua fue torturado y murió crucificado; era la manera de matar a los revolucionarios políticos. Los

¹⁰ Jeremías 7, 22-23, 10.

compañeros que habían ido con él hasta Jerusalén se escondieron atemorizados. Temían por sus vidas, que los atraparan también a ellos.



Muy pocas personas (su madre, alguna amiga, algún amigo...) tuvieron el valor de quedarse, acompañándole en su larga agonía.

Esto ocurría en el año 16 de Tiberio, según el calendario del Imperio Romano. Hacia el año 30 para nosotros, que contamos los años, aproximadamente, a partir del nacimiento de Yeshua. Tenía 33 años cuando murió.

Después de Yeshua

¿Y después? ¿Qué relación hay entre aquellos hechos, entre todos esos problemas de judíos contra judíos y de judíos contra romanos, y las Iglesias cristianas de hoy? Un repaso rápido a todo lo que sucedió en los cien años siguientes nos ayudará a hacernos una idea.

Los hombres y mujeres que le seguían, su familia... todos estaban desconcertados después de la muerte del amigo, del maestro, del hermano... ¿Había acabado todo? ¿No quedaba ya ninguna esperanza? Los relatos recogen que, sorprendentemente, en un momento dado la situación dio un vuelco. Aquellos que estaban reunidos, tristes y desmoronados, pasadas las primeras horas, pasados los primeros días, cambiaron de actitud. Como si se percataran de que las palabras de Yeshua estaban tan vivas como antes. Como si Yeshua mismo estuviera entre ellos de nuevo. Tanto era así, que corrió la voz de que había resucitado; que tal como él les había dicho, su vida y su fuerza volvía a estar entre ellos, hombres y mujeres, pequeños y mayores.

De una forma u otra, el mensaje de Yeshua se extendía; seguía vivo, iba de boca en boca, era objeto de comentario, de debate, de reflexión. Llegó a oídos de gente que no habían conocido a Yeshua. El resultado es que parecía contagiarse como una especial confianza, un espíritu de libertad de cara a la interpretación de las Escrituras, una relación muy distinta entre unos y otros, acogándose, estableciendo lazos de hermandad. Cuando cada semana se reunían para la cena del Sabat, ahora también lo hacían en memoria suya; y en la lectura semanal de la Escritura, no olvidaban lo que Yeshua les había enseñado, cómo interpretaba él los textos.

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES Y LAS EPÍSTOLAS

Para conocer aquellos primeros años de los seguidores de Yeshua, tenemos a mano varios documentos interesantes. Uno es el llamado **Hechos de los apóstoles**, que recoge las peripecias de los primeros divulgadores de las palabras de Yeshua. *Apóstol* quiere decir 'enviado' en griego. Se conservan también algunas **Cartas** (o *epístolas*, en griego) que los apóstoles enviaban a las gentes que habían conocido en sus viajes y que habían ido creando comunidades. Estos textos también forman parte (como los Evangelios) del **Nuevo Testamento**.

El grupo más numeroso de los que se mantenían fieles a la memoria del profeta de Nazaret se reunía en Jerusalén, donde estaban Simón, uno de los primeros compañeros de Yeshua, y Yacob, hermano de Yeshua. Pero también había grupos de seguidores por toda Judea, en Galilea, en Samaria... Sus palabras habían llegado, incluso, a oídos de los gentiles –las personas no judías-, interesados por aquella idea de que Dios era como un padre para los que quisieran buscarlo y por todo aquello del reino del amor y de vivir como hermanos. Los gentiles veían que los seguidores de aquel maestro, o de aquel nuevo profeta, vivían ayudándose sin hacer distinciones. Y quisieron sumarse a ellos.

Ahí surgió el primer problema serio: para poder unirse a los seguidores de Yeshua, ¿era necesario ser judío? Es decir, ¿era necesario circuncidarse y adoptar la ley de Moisés y las costumbres del pueblo judío? Muchos de los compañeros de Yeshua creían que sí era imprescindible. Entendían que Yeshua les había enseñado a vivir la fe de los padres, la religión de Israel, con sinceridad y de todo corazón. Sin hipocresías, pero a vivirla, a vivir en el seno de la fe de los padres. “No he venido a abolir la Ley y los profetas... –había dicho Yeshua claramente-; no he venido a abolir, sino a cumplir hasta la última tilde...”

Otros (como Simón, por ejemplo), cuando veían el interés de los gentiles, pensaban que, en el fondo, la base del mensaje de Yeshua era válida para todo el mundo, tuviera la fe que tuviera. Si había un solo Dios, significaba que todos los hombres y mujeres eran hijos del mismo padre ¿o no? Y un padre querrá lo mismo para todos sus hijos, querrá que todos le busquen, que se amen... ¿o no?

Yacob compartía la opinión de Simón. “Si la Ley me enseña que ame al prójimo como a mí mismo –les decía-, cómo puedo decir este sí o este no? ¿Cómo puedo hacer diferencias entre las personas?”¹¹ También decía: “los que buscan la sabiduría son gente de amor y de paz que, sin hipocresías, siembran la paz para los que desean la paz”.¹²

Finalmente, la mayoría respetó la opinión de Simón y de Yacob. Ése fue un momento importante, una decisión que marcó el curso de lo que vino después. La indignación de los que entendían de forma muy diferente lo de la tierra prometida a los padres, no hizo más que crecer. A sus ojos, la opción de los compañeros de Yeshua era una ofensa a Dios: uniéndose con los gentiles contaminaban a todo el pueblo. Aquel comportamiento significaba apartarse de la doctrina de Moisés y poner las cosas

¹¹ Véanse los *Actos de los Apóstoles*, capítulo 15 y *Carta de Yacob* (Jaime) 2, 8.

¹² *Carta de Yacob* (Jaime) 3, 17-18.

todavía más difíciles para los hijos de Israel. Los seguidores del nazareno no sólo eran unos cobardes que no luchaban, sino que, además, con su mala actuación, impedían que Dios pudiera acercarse y cumplir su promesa. ¡Traidores!

Como consecuencia de aquella convivencia de judíos y gentiles entre los “nazarenos” –así era como se les llamaba-, los seguidores de Yeshua tuvieron que tomar muchas precauciones y vivir casi escondidos; especialmente en aquellas poblaciones en que saduceos y fariseos tenían un peso importante, como en Jerusalén. En cambio, en zonas donde los griegos y los romanos eran más numerosos, como ocurría en las ciudades de Galilea, las palabras de Yeshua se extendían con menos problemas, cada vez interesaban a más gente y cada uno las acogía a su manera...

Con Yeshua o sin él, las tensiones políticas en aquella provincia romana seguían siendo las mismas. Siete años después de la crucifixión de Yeshua, moría el emperador Tiberio sin haber nombrado rey a Herodes Antipas. ¡Con lo que éste lo había deseado! Incluso corrió peor suerte con el nuevo emperador, Calígula, que le destituyó como tetrarca, lo desterró a la Galia, y otorgó el título de rey –¡ahora sí!- a alguien que seguramente supo darle coba mejor: Agripa (el rey Herodes Agripa I), un nieto de Herodes Antipas.

En ciudades como Séforis o Cesarea los habitantes no judíos recibían todavía más privilegios y los judíos iban quedando cada vez más arrinconados. Los guerreros zelotes y los estudiosos de la Ley, escribas y fariseos, ya no soportaban más ni la política romana de la corte de Agripa, ni la suntuosidad y la arbitrariedad de los del Templo. Podríamos decir que se vivía un auténtico ambiente de guerra civil en el cual los seguidores de Yeshua, los nazarenos, eran considerados por casi todos –ya lo hemos visto- como unos traidores que había que eliminar.

Algunos fariseos, buscadores sinceros, como rabí Gamaliel, no lo tenían tan claro. Rabí Gamaliel conocía bien a Yacob ben Yosef, sabía de su integridad, de su estudio incesante. Si aquellos nazarenos estaban en la verdad, mejor sería que las armas no los hirieran; y si iban equivocados, el tiempo se encargaría de demostrarlo, el movimiento desaparecería tal como habían desaparecido tantos otros. Esa era su recomendación, pero su ascendente no siempre bastó para frenar el odio. Muchos seguidores de Yeshua cayeron asesinados. Simón fue hecho prisionero pero pudo huir. Se refugió primero en Galilea y luego viajó hasta Roma donde murió torturado y, finalmente, crucificado. Las enseñanzas de Yeshua llegaron tan lejos como lo hacían sus seguidores.

Al frente del grupo de Jerusalén ya sólo quedaba Yacob. Hasta que en el año 62 también él, junto con otros compañeros, fueron apresados por la guardia del Templo, por orden de Anan, el sumo sacerdote en aquel momento, y apedreados hasta morir. Anan aprovechó unos días en que no había procurador, así pudo matarlos sin tener que pedir permiso a nadie.¹³ Después de esto los nazarenos, deshechos y atemorizados, se alejaron de Jerusalén. El tenerse que dispersar fue lo que les empujó a escribir todo aquello que hasta entonces habían ido recordando y comentando de viva voz en los encuentros. Éste será el origen de los Evangelios, los relatos de “la buena noticia”, acerca de Yeshua y de sus enseñanzas.

¹³ Conocemos estos sucesos por el relato de un autor de aquel tiempo, Flavio Josefo (en: *Antigüedades de los judíos*, XX, 9, 1-3) que los describe con detalle y recoge también las reacciones de la población.

Unos años después, en el año 66, el procurador Gesio Floro quiso apropiarse de buena parte del tesoro del Templo. Fue la gota que colmó el vaso. La ira judía estalló con tal fuerza que el ejército romano tuvo que abandonar Jerusalén, derrotado. En ese momento también encontraron la muerte, asesinados, muchos sacerdotes, aristócratas y colaboracionistas de todo tipo. Los seguidores de Yeshua ya debían estar lejos por entonces.

Nerón (emperador desde el año 54 hasta el 68), bajo el mandato del general Vespasiano y de su hijo Tito, envió más fuerzas para controlar la revuelta. Hacia el año 69 casi todo el territorio volvía a estar bajo el control romano. Durante la Pascua del año 70, mientras Jerusalén estaba abarrotada de gente, fue asaltada por las tropas romanas. La carnicería fue impresionante. Hubo miles de muertos, el Templo fue destruido y la ciudad arrasada. Ése fue el punto final de aquel largo período de tensión, luchas y esfuerzos por recuperar el reino. Ya nunca se volvería a levantar el Templo de Jerusalén; atrás quedaba todo aquel mundo de culto y de organización sacerdotal. El único trozo que quedó en pie es el que hoy recibe el nombre de Muro de las Lamentaciones.



F. Hayez. Destrucción de Jerusalén

La vida del pueblo judío se fue reorganizando lentamente, lejos de Jerusalén, en torno a los maestros de la Ley y a las reuniones en las sinagogas para comentar las Escrituras. Ni rastro de los sacerdotes, de su pompa o de sus privilegios. En la vida de aquellas comunidades judías, dispersas aquí y allá, los seguidores de Yeshua no eran bien recibidos, ni nadie que tuviera trato con los gentiles. De entre los "nazarenos" algunos buscaron refugio en los desiertos de Siria y de Egipto; vivían en pequeños grupos compartiendo los bienes entre ellos, según la fe de sus antepasados, la Doctrina de Moisés y los Profetas. Como Yeshua.

Mientras tanto, los seguidores gentiles de las enseñanzas de Yeshua eran cada vez más numerosos; se extendían por todo el Imperio Romano. Las palabras del maestro de Nazaret se habían ido adaptando a la manera de pensar y a las preocupaciones de gente que no tenía nada que ver con aquellos asuntos remotos de la tierra prometida y el reino judío. Esta "adaptación" la llevaron a cabo personas como Shaul (o Pablo) de Tarso, un judío con formación griega y latina capaz de dar una

versión inteligible para griegos y romanos; una versión que daba respuesta a las preocupaciones y aspiraciones de los habitantes del imperio, en general.

Los cambios se produjeron de forma paulatina. El mensaje iba tomando nuevas formas según las costumbres y las ideas de los que lo adoptaban. El conjunto de seguidores de Yeshua tomó el nombre griego de *Ekklesia*, que quiere decir 'asamblea'; el encuentro semanal pasó de los sábados a los domingos, día de las celebraciones de culto entre los romanos... En el ambiente helénico aquel movimiento fue considerado como una nueva escuela filosófica, al estilo del estoicismo o del epicureísmo, y aceptado o discutido como tal. Para otros era un culto, a modo de otros cultos presentes en las fronteras del Imperio Romano: culto a un Dios, o a su enviado, como el culto a Osiris, a Isis y Horus, a Mitra, a Serapis, a Dionisos..., numerosos cultos a los que ahora se incorporaba el culto a Jesús, el Cristo, hijo de Dios.

Durante los siglos I y II la religión tradicional romana, defendida por la aristocracia senatorial, quiso conservar su primacía e imponerse por encima de aquella proliferación de cultos; pero a pesar de los esfuerzos, incluidas las persecuciones, no lo consiguió. La religión tradicional se fue apagando al compás de la desaparición del sistema republicano. Cuanto más se extendían los dominios romanos más necesario era que todo el mundo identificara el poder de Roma con una sola autoridad, una autoridad que estaba por encima de todos y gobernaba por voluntad divina. Eso es lo que es un emperador. Pero ese personaje que todos debían tratar como a un dios porque tenía el poder de Dios... ¿de qué Dios había recibido la autoridad? ¿Cuál era el Dios del Imperio? Hacía falta una fe que pudieran compartir todos los habitantes del Imperio, una fe que los uniera.

La tensión religiosa se trasladó entonces a los diversos cultos, a la competencia entre ellos; cada uno de ellos quería imponerse a los otros. ¿Cuál conseguiría convertirse en el eje religioso del Imperio? ¿Con cuál de ellos se identificaría la autoridad imperial?

Cada vez que un emperador mostraba su preferencia por un culto, se desataba la persecución de los restantes. Era lógico. Si el emperador proclamaba que su autoridad venía de tal Dios, que él representaba a Dios..., ¡no podía haber más de un Dios de primera categoría! O derrotaban a los otros dioses o corrían el peligro de tener competidores en el trono.

Finalmente, el emperador Constantino decidió poner fin a las luchas religiosas, y proclamó que cada uno podía seguir la religión que quisiera; lo hizo en un edicto, en Milán, en el año 313. Y él, personalmente, mostró su preferencia por venerar a aquel hijo enviado de Dios, llamado Jesús. Cuentan los relatos que las victorias que lo llevaron hasta el cargo imperial las ganó gracias a su confianza en el Dios de Jesús. De hecho se convirtió al cristianismo. Apoyando a los cristianos, recibía a su vez el soporte de éstos que habían extendido su organización de ayuda mutua y de lazos religiosos por todo el Imperio.

Las antiguas crónicas anunciaban que Jesús volvería y vencería. Para mucha gente de aquella época, el emperador Constantino, con su defensa del cristianismo, representaba el retorno de Jesús. Era como si encarnara a Jesús, como si fuera Jesús mismo, Jesús emperador: emperador e hijo de Dios. Era una gran victoria para la religión de los veneraban a Jesús, el Salvador (*Xristos*, el Cristo).

A partir de aquel momento, proliferan los templos cristianos, se consolida toda la organización de las comunidades de seguidores de Jesús y se pone orden a las

distintas creencias que caracterizan aquella nueva fe. En el año 325 el emperador reúne en la ciudad de Nicea a los jefes de las comunidades –las iglesias- para que unifiquen criterios, se pongan de acuerdo y marquen bien claras las diferencias con las otras creencias y los otros cultos que pudiera haber en el Imperio. El emperador deseaba (y necesitaba) que hubiera una sola interpretación compartida por todos. De aquella asamblea, conocida como el Concilio de Nicea, surgieron los principales dogmas de fe, las principales creencias que, a partir de aquel momento, asumirían los seguidores de Jesús.

En el año 361 fue nombrado emperador un sobrino de Constantino, Juliano, quien protagonizó un último intento de recuperar las antiguas raíces religiosas y eliminar la influencia del cristianismo y de cualquiera de aquellos cultos extraños, llegados desde las provincias. Pero no lo consiguió; entre otras cosas porque sólo gobernó veinte meses. Herido de guerra, moría en el año 363 con 31 años. Pocos años después, en el año 380, el emperador Teodosio decidió que el cristianismo sería la única religión válida para todo el Imperio Romano, y lo proclamó en un edicto firmado en Tesalónica. Un edicto en el que establecía que los demás cultos y creencias, a partir de ese momento, serían considerados falsos y enemigos del Imperio; y que, por tanto, debían desaparecer y perseguirse.

Otra vez volvía a correr la sangre por motivos religiosos (¿religiosos o políticos?). Sea como sea, habían pasado trescientos cincuenta años desde el arresto y crucifixión del maestro de Nazaret. Y ahora su nombre estaba en boca de todos. ¡La fe en él se había convertido en la religión de un Imperio!

PARA SABER MÁS DEL CRISTIANISMO

Las palabras de Yeshua continuaron vivas, adoptando nuevos significados en un mundo muy diferente de aquel en el que nacieron: entre gentes que no hablaban ni arameo ni hebreo, sino latín y griego; que conocían a Yeshua ben Yosef, el *mesiaj*, por su nombre traducido al griego: Jesús, *Xristos*, Jesús el Salvador; gentes que ya no serían llamadas “nazarenos”, sino “cristianos” (seguidores del Cristo, *Xristos*, seguidores del Salvador).

Cada nuevo grupo de seguidores que se generaba en una ciudad u otra recibía el nombre de “asamblea cristiana” de aquella ciudad: la *ekklesia* cristiana de Tesalónica, la de Corinto, la de Roma... El conjunto de todas ellas también era la Asamblea, la *Ekklesia* o Iglesia. A medida que iban creciendo, la organización se hacía más compleja y más estructurada. Cada asamblea elegía un “supervisor”, un *episkopus* (“obispo”), como autoridad máxima de la misma. Éstos también recibían el nombre de *Papa*, “padre”. Cada obispo era responsable máximo de una zona; las decisiones que afectaban a todas las comunidades se tomaban en “concilio”; es decir, en una gran reunión de debate. Las opiniones del obispo de Roma, la capital, tenían importancia pero su autoridad no regía por encima de la de los otros obispos.

La división del Imperio Romano en dos, el de Oriente y el de Occidente, ya en las postrimerías del siglo IV, hizo que los dos grupos de iglesias (Oriente y Occidente) se distanciaran entre sí generando una cierta rivalidad entre los obispos de los dos centros políticos: Roma y Bizancio (la antigua Constantinopla). La ruptura, sin embargo, no se produjo hasta el siglo XI. Bizancio no aceptaba las pretensiones de Roma de ser la única autoridad. En el año 1073 la denominación de Padre (Papa) quedó reservada para el obispo de Roma, que en aquel momento era Gregorio VII.

Hasta nuestros días, las dos Iglesias han evolucionado por caminos independientes. A la Iglesia de Oriente se la conoce como Iglesia **Ortodoxa** (que significa ‘recta doctrina’) y continúa organizada en diversas iglesias autónomas, cada una bajo la autoridad de su obispo o Patriarca. La Iglesia de Occidente recibió el nombre de **Católica**, que significa ‘universal’ (en el sentido de que una sola doctrina servía para todas las iglesias, para todas las comunidades que la constituían) y adoptaba al obispo de Roma como jefe supremo: el Papa.

Más adelante, en el siglo XVI, comenzaron a producirse los movimientos de reforma en el seno de la Iglesia Católica, o de Occidente, que condujeron a la creación de nuevas comunidades, separadas de la autoridad de Roma: las Iglesias **Evangélicas**. Tal nombre apunta a que el movimiento de reforma consideraba que la Iglesia se había alejado del mensaje evangélico y que era necesario recuperar el espíritu de los primeros tiempos.

Durante siglos, la Iglesia Católica y las Iglesias Evangélicas se han ido extendiendo por los diversos continentes. Las ortodoxas, en cambio, se mantienen como organizaciones ligadas a un territorio. Pero si, por ejemplo, un grupo de personas griegas o rusas se trasladan a vivir a alguna población de la península ibérica, se reunirán y formarán la Iglesia ortodoxa griega o rusa (o de otra comunidad cultural) de esa localidad.

No es extraño que la pluralidad de tradiciones culturales -y de situaciones históricas, políticas o sociales- interprete de diferentes formas el mensaje de Jesús. Ya hemos visto que eso es lo que ocurrió desde los mismos orígenes. En todo caso, lo lamentable es que las diferencias hayan sido tantas veces motivo de guerras, enfrentamientos, dolor e infinitos sufrimientos. En muchas ocasiones los temas religiosos no han sido más que una excusa para justificar luchas políticas. En estos dos mil años, en nombre de Jesús, se ha visto de todo: desde los actos más admirables hasta los más desastrosos. Su nombre ha servido para imponer ideas y maneras de vivir, para encarcelar o matar a personas que no pensaban como las autoridades, para conquistar territorios, para nombrar o derrocar a reyes y gobernantes. Mientras que también en su nombre, algunos han dado sus vidas por la justicia, han amado sin límites, han escrito bellos poemas o se han desvivido por los débiles sin pedir nada a cambio.

Vemos que, en su nombre, algunos edifican palacios y amontonan riquezas, mientras que otros buscan el silencio de una vida sencilla...

Poca cosa puede tener que ver Yeshua con lo que otros decidan hacer en su nombre. Si está cerca de alguien es de aquellos que han procurado servirse de "las pistas del Reino" para orientar sus vidas y su propia búsqueda –y los ha habido y los hay-. Por ello, y sin pretender esconder ni olvidar la "cara oscura", completaremos este capítulo, recogiendo algunas voces que, desde diversidad de formas de ser y de ocupaciones, se han cuestionado con iniciativa y libertad sobre "Dios", "el Reino", "el sentido de la vida humana". Y lo hacen teniendo muy presentes el esfuerzo y los consejos de Jesús, de Yeshua, el maestro de Nazaret.

SIGUIENDO EL RASTRO DE LA BÚSQUEDA DEL REINO

"Si lo buscas con todo el corazón, con todas tus fuerzas, lo encontrarás... Muestra su Rostro a quien lo busca...", dice la Escritura. Recogemos cuatro voces del siglo XX representativas de esa búsqueda. "Dios" no es un concepto, no es una respuesta; es una pregunta que si se mantiene viva, genera más preguntas y nos permite crecer, dirá Marcel Légaut.

"Dios" inseparable del servicio a los pobres; su reino es el del amor a los desposeídos, predica el obispo Pere Casaldàliga.

Hay que buscarlo en el seno del silencio, escribe la hermana Cristina.

Penetra el universo, la Tierra, los astros, la evolución de la vida...; todo eso es Él, es el Reino, proclama Teilhard de Chardin.

Dios no ha de ser una excusa para no pensar; al contrario, seguir el ejemplo de Jesús ha de conducir a madurar como personas, reflexionará Bonhoeffer.

Dios:

*Pregunta unida al hombre
que adquiere conciencia de sí.*

*Pregunta afín al misterio
que el hombre es en sí.*

*Pregunta nacida
del vacío de la "ausencia"
que crece y se horada con él;
cuando sabe mantenerse en ella
se abre sobre sí.*

*Pregunta que no soporta
ninguna respuesta verdadera,
pero que sin cesar sugiere alguna
cuando permanece viva.*

*Base misteriosa de unión entre los hombres
cuando se encaran con ella cada uno en el secreto;
raíz de discordia entre ellos
cuando le dan respuesta fuera del silencio.*

M, Légaut, *Plegarias de hombre* (fragmento).

Marcel Légaut convirtió su vida en una búsqueda incansable de una renovación del sentido del compromiso cristiano. Catedrático de Matemáticas en París, en 1940, bajo el impacto de la Segunda Guerra Mundial, abandona la cátedra y se traslada a vivir a los Alpes franceses trabajando como pastor y más adelante como granjero. Padre de familia, predicador incansable, luchó por una nueva Iglesia adaptada a la realidad social del siglo xx, que se basara en el ideal de simplicidad evangélica.

Pere Casaldàliga, un obispo poco convencional. Cuando fue nombrado obispo de Sao Félix de Araguaya, Brasil, en la tarjeta del recordatorio de la ceremonia de consagración (23 de octubre de 1971) se podían leer estas palabras:

Tu mitra será un sombrero de paja sartanejo; el Sol y el claro de Luna; la lluvia y los cielos abiertos; la visión de los pobres con los que caminas y la mirada gloriosa de Cristo, el Señor.

Tu báculo será la verdad del Evangelio y la confianza de tu pueblo en ti.

Tu anillo será la fidelidad a la nueva alianza del Dios liberador y la fidelidad al pueblo de esta tierra.

No tendrás más escudo que la fuerza de la esperanza y la libertad de los hijos de Dios, ni llevarás más guantes que el servicio del amor.

Un texto muy significativo de alguien que ha vivido en una radical desnudez de posesiones personales, al servicio de los desposeídos de la Amazonia brasileña.

Cristina Kaufmann, monja católica, optó por una vida de recogimiento y búsqueda interior en el silencio del monasterio carmelita de Mataró, un espacio que abre las puertas a quien se acerca a él:

Después de todo

queda un alzar las manos hacia Ti,

un abrir los brazos

para Ti

y de rodillas

decir

Tu SILENCIO.

(extracto de "...aunque de noche")

La búsqueda del "rostro de Dios" y la pasión del científico se unían en la persona de **Teilhard de Chardin** –científico y sacerdote-, en su veneración de Dios encarnado en la materia, inseparable del Universo, como lo proclama en este texto de 1923:

Toda mi alegría y mis éxitos, toda mi razón de ser y mi gusto por la vida, Dios mío, penden de esa visión fundamental de tu conjunción con el universo.

Me postro, Dios mío, ante tu ardiente presencia en el universo; te deseo y te espero

en mi trabajo de hoy, en lo que pueda descubrir, en lo que pueda llevar a cabo, en aquello que pueda sucederme. Que crezca en mi corazón la visión de tu omnipresencia y la pasión por la búsqueda. ¡Que otros anuncien (conforme a una función tal vez más elevada) los esplendores de tu Espíritu puro! Para mí, dominado por una certeza anclada hasta las últimas fibras de mi naturaleza, no quiero ni puedo decir otra cosa que las innumerables prolongaciones de tu Ser encarnado en la Materia, tu misterio que transparece en todo lo que nos rodea.

(Fragmentos de *La misa sobre el mundo* y *El himno del universo*.)

Cerramos estas citas con el fragmento de una carta escrita en un campo de concentración, en la Segunda Guerra Mundial. Son reflexiones del pastor y teólogo evangélico alemán **Dietrich Bonhoeffer**, que murió ejecutado en 1945 en el campo de concentración de Flossenbürg. Fue hecho prisionero por su oposición activa al régimen nazi. Sus palabras conservan toda su actualidad:

¡Qué gran error utilizar a Dios para cubrir los huecos de nuestra ignorancia! Allá donde nos faltan las explicaciones ponemos a Dios para que nos resuelva el vacío. Y así, a medida que ampliamos las fronteras de nuestro conocimiento, le vamos arrinconando. El lugar en el que hay que buscar a Dios es, precisamente, en lo que conocemos, no en lo que ignoramos; en el problema resuelto, no en la cuestión pendiente; ya sea un problema científico o la preocupación por el dolor o la muerte. Si Dios sólo nos interesa en cuanto que solución a nuestros problemas ¡tal vez pronto le habremos dejado de lado del todo!

Qué absurdo decir que el cristianismo tiene las respuestas. Las respuestas las hemos de buscar nosotros con todas nuestras capacidades.

La esperanza de resurrección del Evangelio no es una promesa para un mundo de ultratumba, sino la que restaura a los seres humanos en el centro mismo de la vida terrena de una forma totalmente renovada. Ser cristiano no quiere decir tener unas determinadas costumbres religiosas o practicar algún tipo especial de ascetismo. Ser cristiano significa... ¡ser persona!

(De sus *Cartas desde la prisión*.)